

## II

— ¿Se puede entrar? preguntó una voz grave y dulce.

— ¡Adelante! respondió Francine poniendo en el suelo al niño, que se dirigió alegre hacia la puerta.

En el umbral apareció la reflexiva y hermosa cara de Appel, que volvía del barrio Latino cargado de libros. Al quitarse el sombrero descubrió la frente sudosa y una cabellera de color castaño un poco larga que formaba marco á la cara.

— ¡Qué calor tiene usted! dijo Francine. Siéntese... Todavía tengo una silla que ofrecerle. Pedro, da la silla al señor Appel...

El joven se colocó á unos pasos de la obrera y dijo mirándola con sus ojos grises, penetrantes y sagaces:

— También hoy acaba usted de llorar. ¿Qué ocurre?

La joven no quiso confesar la causa miserable de su pena y respondió, afectando indiferencia:

— ¡Nada! Fastidios mal soportados. No se pueden evitar los nervios, aunque no se tenga tiempo de sufrir de ellos.

Appel miró á otra parte, porque sentía que á Francine le molestaba su mirada, y atrajo hacia él al niño, que estaba jugando con un pedazo de papel. El pequeño dijo gorjeando como un pájaro.

— Mamá llora porque ha venido un hombre que ha traído esto...

Y al hacer esta inocente revelación agitaba la cédula del Banco.

— ¿Quieres callarte, Pedro? exclamó la madre.

Pero ya era tarde. El papel estaba en las manos del estudiante, que le leyó y dijo poniéndole en la mesa:

— ¿Y por esto se altera usted, teniendo tanta necesidad de calma y de tranquilidad? ¿Qué significa este pagaré? Seguramente no es usted la que le ha suscrito... Usted no le esperaba y le ha caído sobre la cabeza como una maza. ¿No es esto?

Francine no respondió, pero la aguja tembló entre sus dedos. Estaba humillada y torturada al ver descubierto el secreto de su miseria por el hombre á quien amaba. Le parecía que rebajada ya á los ojos de Appel por la vulgaridad de su trabajo, bajaba más en su consideración por la confesión de su miseria. Simple obrera, tan lejos de él, creía que aquel sabio le haría objeto de una compasión desdeñosa. El joven pareció adivinar las ideas que mortificaban á Francine y dijo con gracia tierna y delicada:

— Tiene usted una suerte muy diferente de la que merece. Por abnegación se ha reducido usted, siendo instruída y culta, á hacer trabajos manuales para sostener á los que le rodean. No conozco nada más honroso. Pero á cambio de tal sacrificio debía usted tener un poco de seguridad material, ya que no moral. No depende de mí el evitar que sufra su corazón de usted, pero puedo al menos impedir que sea perseguida más de lo que resisten sus fuerzas... ¿Me permite usted que le preste esta pequeña suma?

— No, señor Appel, dijo la joven con voz temblorosa. No quiero.

— ¿No me profesa usted ninguna amistad cuando me niega el derecho de prestarle un servicio tan pequeño? Me avergonzaria si tomase usted esto en serio. El mes que viene me devolverá usted este pico.

— Usted tampoco es rico y le haría falta su dinero. No, no acepto.

— Se engaña usted, dijo el joven con una sonrisa que iluminó su noble semblante. Estoy rico en este momento. Esta mañana he cobrado doscientos francos... Mi profesor, el doctor Chartier, me ha llevado con él á una operación. El cliente es millonario y solamente por dar los instrumentos me han pagado muy caro... Ya ve usted que puede aceptar mi ofrecimiento sin escrúpulos... Me hará usted un favor, porque no sé qué hacer con este dinero...

Francine sonrió, pensando en el régimen monástico que se imponía Appel. ¡Cuántas cosas indispensables podría comprarse con aquel ingreso inesperado! ¡Cuántas pequeñas satisfacciones de las que él se privaba representaban aquellos doscientos francos! ¡Y ofrecía la mitad, sin embargo, como si pidiese un favor! Un calor delicioso reanimó el corazón de Francine ante aquella delicadeza hermana de la suya. Miró resueltamente á Appel y le dijo:

— Pues bien, acepto. Creería ser indigna de la simpatía de usted si mostrara más orgullo que usted generosidad. Gracias.

Y le ofreció la mano, que él retuvo un momento entre las suyas; una bonita mano llena de hoyuelos, un poco endurecida por los cuidados de la casa, pero fina y con uñas bien cortadas terminando unos dedos picados por la aguja.

— Esta mano, dijo el joven, no estaba hecha para trabajos groseros, pero es más bella siendo más activa...

Francine, conmovida, quiso cambiar de conversación y habló á Appel de sus estudios. El futuro sabio se explicó con vehemencia:

— Sí, estoy á punto de llegar. Creo que esta vez haré con éxito los ejercicios para una cátedra. El presidente del tribunal es un fisiólogo eminente que me es muy favorable... Mucha desgracia sería que no me quedase con la plaza... Esa será la salvación...

— Entonces tendrá usted muchos enfermos, dijo Francine que no comprendía el éxito de un médico sin una numerosa clientela.

— Menos que hoy, contestó Appel sonriendo, puesto que asisto gratis á todo el barrio... Pero seré independiente y podré dedicarme con toda libertad á mis investigaciones científicas. Enseñaré, yo, que no he sido hasta aquí más que un alumno, y siento que me entregaré en cuerpo y alma á la propaganda de mis ideas. Quisiera que la medicina fuese menos rutinaria y que se ocupase de los espíritus más de lo que hoy se ocupa. Cuando los médicos han aplicado la terapéutica creen haberlo hecho todo. Tomar el estómago de un enfermo como alambique y hacer pasar por él todos los venenos catalogados por la farmacopea, es más fácil que cuidar el pensamiento y el alma deprimida de las criaturas que sufren. Mi programa no comprende el hipnotismo ni el magnetismo, sino, sencillamente, el vitalismo... ¡Oh! Pero usted no me comprende, añadió festivamente Appel, no soy bastante preciso y voy á tratar de explicarme mejor...

— ¡No! No se interrumpa usted, murmuró Francine con las manos juntas. Sólo el sonido de sus palabras me encanta...

El estudiante prosiguió, después de hacer un signo de agradecimiento:

— Habrá usted oído hablar de las curas, si no definitivas, momentáneas, que realizan las aguas de Lourdes. No pensará usted que son las virtudes medicinales de esas aguas, enteramente comunes, las que curan los reumatismos inveterados, y hacen andar á los paráliticos. Se trata de un efecto puramente psíquico producido por la tensión de la confianza. Sería preciso, para obtener efectos análogos, cultivar la voluntad, lo que constituye un campo de experimentos magnífico y enteramente inexplorado. La ciencia se ha rebajado al materializarse y al elevar el ateísmo á dogma médico porque el anatomista, diseccionando el cuerpo humano, no ha encontrado el alma con su escalpelo. Este es el eterno asunto de controversia entre mi amigo Barres y yo. Ese admirable talento está cegado por el materialismo. Yo creo que la existencia, con sus dificultades y sus goces, no es más que la entrada en materia de un desarrollo sucesivo de estados psíquicos y por eso debemos resignarnos á la desgracia y aceptar el sufrimiento con la certeza de ser mejor tratados en el porvenir que nos espera.

— Eso es lo que me enseñaba el venerable sacerdote que me instruyó en la doctrina cristiana, dijo con dulzura Francine. ¿Es usted creyente, señor Appel?

— No en la forma que á usted le han enseñado, Francine, pero lo soy, sin embargo, con sinceridad y convicción. No practico y nunca me verá usted en una iglesia como no sea para alguna boda ó algún entierro. No rezo y encuentro las pompas del culto católico indignas de una religión que trata de apoderarse de los espíritus sin seducir á los sentidos. En este concepto estaría más cerca del protestantismo si la aspereza rencorosa de la secta no me alejase de ella.

— De manera que su amigo de usted Barres pretende

encontrar todas las satisfacciones en este pobre mundo...

— Sí, y es temible á mi ver, no por él, que no es capaz de hacer daño á una mosca, sino porque predica sus doctrinas á los demás con una elocuencia... Sus adeptos no esperan nada después de la vida y lo aprovechan todo para procurarse goces antes de la muerte. Por esto una inteligencia admirable, como la de Barres, se convierte en un terrible agente de destrucción social.

— Pero usted, señor Appel, puesto que es opuesto á las ideas de su amigo, ¿encuentra usted el mundo bien organizado tal como está y no aspira á ningún cambio?

— Sí, Francine, pero no por la violencia y la destrucción. En lugar de hablar siempre á los hombres de sus problemáticos derechos, habría que recordales sus deberes. Cuando se dice á un hombre que hay que trabajar mucho, recoger poco y darse por satisfecho, se está seguro de obtener menos aplausos que cuando se le dice que hay que trabajar poco, ganar mucho y no contentarse con nada. He aquí señalada en una sola palabra la diferencia entre la doctrina espiritualista y la materialista.

Después de decir esto, se calló y poniendo su fina mano en la cabeza del niño, que le oía embobado, dijo:

— ¿Tú también, querido, eres un oyente de buena voluntad? Está visto que mi vocación es hablar para los pequeños y para los humildes...

— Así fué Cristo, murmuró Francine con emoción.

— No aspiro á una gloria tan alta, replicó alegremente Appel, ni tengo la menor afición al martirio. Me contentaré con una misión más modesta y en mi esfera de acción combatiré por mis ideas con todo el ardor de que soy capaz... Pero nos hemos extraviado

del punto de partida. Le estoy á usted explicando un curso de moral, á usted, que reúne todas las virtudes que yo recomiendo á la humanidad...

— ¡Ay! Es quizá porque no puedo obrar de otro modo... No creo tener tanto mérito.

— Saber aceptar las malas situaciones es lo más difícil del mundo, y usted lo hace con una paciencia admirable. No es usted feliz y no se queja, y ha sido preciso entrar casi á la fuerza en su confianza para saber lo que usted vale.

Francine bajó la cabeza, confusa, y el niño dijo entonces con su vocecita atiplada :

— Cuando yo sea grande, te daré bonitos vestidos y no llorarás nunca.

El joven aprovechó la emoción causada á la madre por aquellas palabras para levantarse y colocar un billete de cien francos encima de la chimenea. Después recogió sus libros y su sombrero y se marchó saludando de lejos, como para sustraerse al agradecimiento de la joven.

El día se pasó como todos los de Francine, en el silencio y en el trabajo. Pedrito pasó su tiempo muy ocupado en amontonar y cortar los trapos que caían de la mesa de la costurera, hasta que á las cuatro la madre levantó la cabeza y dijo :

— ¿Quieres merendar, hijo mío? ¿Tienes hambre?

— Sí, mamá.

Francine cogió del aparador un pedazo de pan y una pastilla de chocolate y estuvo mirando con tierna solicitud al niño mientras comía á dos carrillos. ¿Qué sombrías reflexiones surgían en aquella hora en la frente blanca de la joven? Su firme voluntad le permitía de ordinario contener su dolor y mostrar un semblante tranquilo; pero en la soledad de su miserable albergue,

ante aquel niño inconsciente aún de su desdicha, no podía defenderse contra la desesperación y el abatimiento.

Durante largo tiempo permaneció con la mirada fija sin coger la labor abandonada. Su pensamiento estaba en la tranquila casa de la calle de Charrettes donde había pasado sus primeros años, únicos dichosos, al lado de sus padres. ¿Qué sería de su padre, al que no veía hacia dos años? Solo y triste, envejecía en aquella casa vacía en la que se había deslizado toda su vida.

Le veía haciendo su ronda por los muelles, vigilando á los obreros, concienzudo y benévolo. Después, y antes de volver á su casa, dando la vuelta por la Grosse-Horloge, deteniéndose en la esquina de la plaza de la Catedral, en el puesto de periódicos donde compraba el diario de la tarde, y la vuelta á la calle de Charrettes por la de Thiers y el Mercado. ¡Cuántas veces había hecho con él aquel trayecto!... El recuerdo de su ciudad natal conmovía á Francine...

Un golpe en la puerta la sacó de sus reflexiones, y con una angustia indescriptible vió aparecer en el umbral la cara sonriente é inquieta de Claudio Brun. Desde el día en que le arrojó de su casa en presencia de Appel, Claudio no había vuelto á presentarse. Al reconocer al mal consejero de su marido, Francine palideció pero no dijo una palabra. Claudio, cauteloso y prudente, saludó con respetuosa serenidad, cerró la puerta y se adelantó hasta el centro de la habitación. Viendo que Francine no hablaba y no hacía más que mirarle en silencio, dijo :

— Vengo á dar á usted un recado de parte de su marido.

La joven le miró de alto á bajo con tal desprecio que Claudio se puso lívido de cólera.

— ¿No esperaba usted, dijo, que Dartigues reclamase sus pequeños efectos antes de marcharse?

Creyó abatir á la joven anunciando como resuelto el viaje de su marido, pero ella no se movió. Furioso, entonces, al ver que su golpe de efecto no resultaba, insistió :

— ¿Sabe usted que se va?

Francine no quiso demostrar que sentía la crueldad de aquella insistencia y preguntó con voz firme :

— ¿Qué es lo que reclama?

— Su reloj, sus papeles y alguna ropa.

— Su reloj fué empeñado por él mismo hace quince días y la papeleta vendida. En cuanto á sus papeles, no los necesita para el hermoso oficio que va á emprender y me quedo con ellos. Ahí está la ropa que le queda. Y sacó de un cajón unos pañuelos, unas camisas y un traje de paño; hizo con todo un paquete y dejándolo en una silla al alcance de Claudio, dijo :

— Aquí está todo. Buenas tardes.

Y le volvió la espalda. Pero él, que no parecía querer irse tan pronto, se rascó la cabeza, bajó los ojos y dijo :

— ¿No tiene usted curiosidad de saber lo que va á hacer Dartigues?

— No.

— Hace usted mal. ¿Quiere usted saber á qué país va?

— No.

— ¿No quiere usted hablar porque soy yo el enviado?

Francine perdió esta vez la paciencia y pálida como una muerta, exclamó :

— Coja usted su paquete y tome la puerta...

— ¡Ah! señora de Dartigues, dijo Claudio en tono contrito; ¿me guarda usted rencor por la locura del otro día? Eso no es generoso. Me echa usted de su casa

y hace mal, porque el oirme sería un bien para usted y para esé pobre hombre... Estoy muy bien dispuesto hacia usted y quisiera favorecerla...

— No necesito sus favores.

— No hay que despreciar á nadie. Si usted comprendiese bien la situación, no recibiría tan mal á un hombre que no le pediría nada y podría hacer mucho por usted. Dartigues es un loco que no sabe lo que hace, y si yo le abandonase á sí mismo...

Francine exclamó con toda la fuerza de su rencor :

— ¡Ojalá le abandonase usted! Si no le hubiese usted conocido, no estaríamos como estamos...

— Peor, acaso, contestó Claudio. Con un tipo como Dartigues todo puede suceder. Hay muchas probabilidades para que triunfe. Usted no le perdona ciertas debilidades... ¡Bah! Si todas las mujeres fuesen tan severas ¿dónde iríamos á parar?

— No pensará usted que voy á preocuparme de su opinión...

— Sí, sé que está usted muy mal prevenida contra mí... Yo trato de disipar esa prevención, pero, francamente, usted no me ayuda... Como prueba de mi buena fe, ¿quiere usted que le diga dónde me espera Dartigues?

La cara de Francine expresó el asombro.

— ¿Qué interés tiene usted en harcerle traición?

— ¿Por qué interés? ¿Por qué no benevolencia? Vamos á ver; ¿quiere usted hablar con él?

— Sí.

— Pues bien; está en el café de la plaza de Amberes.

— Voy allá.

— ¿No me pide usted que vaya á advertirle?

— No.

Francine echó á su alrededor una rápida mirada,

vió el billete de cien francos de Appel en la chimenea, y se ruborizó. Claudio dijo con sonrisa sardónica:

— Llévele usted; acaso le necesite. Y deje usted en casa al niño, porque puede estorbarla.

Francine, sin responder, cogió el paquete, se metió el billete en el bolsillo y salió con Pedro al corredor. Claudio salió también, pero ella esperó que empezase á bajar la escalera. Entonces la joven llamó á la puerta de Appel y éste apareció en el umbral. En el fondo de la pequeña pieza, y cerca de la ventana, se veía una vasta mesa llena de papeles. El médico dijo con inquietud:

— ¡Cómo! ¿Es usted? ¿Qué sucede?

— Tengo que salir por una hora. ¿Quiere usted darse con Pedrito?

— Seguramente. Pero...

— Dispénsame usted. No puedo darle explicaciones en este momento. Después lo sabrá todo. Estoy de prisa...

Impulsó al niño hacia Appel, que le recibió sonriendo, y se lanzó á la escalera.

— ¡Con tal, pensó, que ese miserable no haya corrido á prevenir á Dartigues! ¡Quién sabe de qué comedias son capaces los dos!

Subió rápidamente la calle de Turgot y se serenó viendo delante de ella á Brun que iba muy despacio y que volvió á la izquierda al llegar á la avenida Trudaine. Había, pues, dicho la verdad aquella vez. La joven atravesó la plaza entre los niños que jugaban en la arena, y se dirigió hacia un cafetín que conocía muy bien por haber ido muchas veces allí á buscar á Dartigues, distraído en partidas de cartas interminables y siempre desgraciadas. Á aquella hora el café estaba vacío y Francine miró por las vidrieras y vió á su

marido delante de un vaso de ajeno, con la mirada vaga y fija en el vacío. Su cara, todavía simpática, á pesar de los excesos, denotaba un gran cansancio. ¿En qué estaba pensando en el momento de tomar la resolución gravísima que debía llevarle lejos de su país y rodearle de gente nueva, cuya lengua, cuyos usos y cuyas intenciones no conocía? ¿Pensaba en su mujer y en su hijo? ¿Pensaba en la fortuna que perseguía sin poder jamás alcanzarla? Su boca estaba contraída por una sonrisa, pero ¿era amarga ó jovial?

Francine, cuyo corazón latía con violencia, trataba de adivinar las impresiones de aquel hombre con quien iba á empeñar un supremo combate. Pero no sabía ya leer en aquella cara que tanto le había mentado. Sabía que era falso y embustero y no se fiaba de él. Empujó la puerta y entró, y el mozo se apartó discretamente. Dartigues frunció las cejas, pero no se asombró ni protestó. Francine se sentó á su lado.

— Debí sospechar que Claudio te avisaría, dijo el marido, pero no podía enviar á nadie más que á él.

— El enviado era digno de la misión. De modo que está resuelto. ¿Nos dejas?

— No os dejo. ¿Quién habla de eso? Me voy lejos á buscar la fortuna que no encuentro aquí. Te he ofrecido que vinieras conmigo y has rehusado.

— Sabías muy bien que rehusaría. Si no, no me lo hubieras propuesto. Pero tú corres á tu perdición y yo no quiero acompañarte, no porque tema la desgracia y los sufrimientos, que hartó he probado que no me dan miedo, sino porque esperaba que un sentimiento de lástima hacia mí y hacia tu hijo te impediría cometer esta suprema locura. ¿No has visto nunca un barco de emigrantes, cuando piensas en expatriarte? ¡Oh! ¡Dios mío! Estoy viendo todavía el espectáculo

30625

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Indo. 1625 MONTREY, MEXICO

que presencié en el Havre un día en que fui con mi padre... En la proa de un navío, con sus miserables equipajes, unos desgraciados que se llevaban sus hijos estaban amontonados, ya llenos de angustia por haber dejado la tierra. En sus caras se veía la pena de la partida, la inquietud del viaje y el terror de lo desconocido. Estaban resueltos como tú y como tú habían escuchado pérfidos consejos y soñaban con una tierra nueva más favorable y más dulce, como si hubiera un país más bello que aquel en que se ha nacido y como si la miseria no acechase bajo todos los cielos á los imprevisores y á los perezosos. ¡ Pobre loco! No imagines que trato de asustarte. Lo que te digo es exacto. Mira de dónde vienes y adónde vas. Siendo buen obrero é inteligente trabajador, por tu falta de constancia has perdido los empleos que tu capacidad te había procurado, y has llegado á tener que aceptar un trabajo indigno de ti. Ahora ya no trabajas y sueñas con satisfacer tu ambición por medio del azar. Para eso vas á abandonar á tu mujer y á tu hijo, que es el acto más cobarde que puede cometer un hombre.

La mujer se calló, dominada por la emoción y con los ojos anegados en lágrimas, pero firme, resuelta y vigorosa. Dartigues, impasible, le había dejado hablar, mientras él daba golpecitos con la cucharilla en el vaso de ajeno, como resignado á dejar pasar aquella avalancha de reproches. Cuando su mujer se calló, levantó él la cabeza y dijo lentamente :

— ¿Has acabado? No dirás que te he cortado la palabra. Has dicho á tu gusto todo tu rosario. Ahora me toca á mí. Porque no creas que me has convencido con tus argumentos y tus presagios, propios para asustar á un niño de doce años. Yo sé lo que me hago y no me embarco á tontas y á locas. Esta vez el éxito es

seguro. No hacen falta capitales, que es lo que siempre me ha faltado. ¡ Ah! Si yo hubiese tenido dinero...

— Le hubieras disipado, como has hecho con todos nuestros recursos.

— Si hubiera tenido dinero, estaría hoy al frente de un negocio próspero que daría millones, respondió Dartigues con autoridad. Hubiera violentado la fortuna, como tantos otros. Pero me ha faltado el trampolín y no he podido lanzarme como es preciso para triunfar... Esta vez se trata solamente de ser atrevido y vigoroso y de arriesgar la piel. Estoy dispuesto. El hombre que me procura los primeros fondos no puede sacar partido de la situación y por eso echa mano de mí. Durante algunos años tendré que ser cazador de toros silvestres, vender las pieles y hacer conservas con la carne.

— Ya lo sé. Me has descrito la especulación. ¿ Pero tú crees que te han estado esperando para emprenderla? Todas las latas que compramos en las tiendas de comestibles, vienen de allá. Eso está explotado y acabado. Tu hombre del Havre es un propietario que quiere enviarte allí para que cuides sus haciendas, sabiendo perfectamente que si te quedas será para arrastrar una vida miserable en un país perdido, entre bandidos y salvajes.

— Aun admitiendo que tuvieses razón, respondió Dartigues, ¿ crees que en aquel país nuevo no encontraré medio de salir adelante? Todo hay que crearlo en aquellas regiones inmensas, donde no hay más que riquezas naturales prontas á ser explotadas... Con el dinero que gane en la explotación agrícola que voy á emprender, podré buscar otra cosa.

— ¡ Otra cosa! ¡ Siempre lo mismo! Esa es la palabra de tu destino. Otra cosa que tu país, que tu

oficio, que tu familia. Lo desconocido. La embriaguez de meterse en un abismo obscuro en cuyo fondo no se sabe lo que hay...

— ¡ Hay oro! ¿ Sabes? ¡ Hay fortunas prodigiosas! Un país nuevo en el que no está todo acotado, tarifado y clasificado; en el que las energías pueden desarrollarse á sus anchas; en el que no se pide á un hombre sino que tenga inteligencia é iniciativa. En esta innoble Europa que revienta de bienestar, de egoísmo y de pusilanimidad, no hay nada que hacer. Nadie quiere arriesgar cien mil francos si no está seguro de antemano de recibir el cuatro por ciento al cabo del año. ¡ Tierra de rentistas, de burgueses y de vividores, que me da asco y que quiero abandonar porque me muero en ella de miseria y de rabia; volveré á verla rico y poderoso para pisotearla y oírla decir : gracias!

Su cara se había iluminado con una llama sombría. Sus ojos, levantados hacia el cielo, parecían ver las escenas que él describía y una crispación amarga fruncía sus labios. Golpeó violentamente la mesa y se bebió de un trago el vaso de ajeno sin que se calmara su agitación :

— Cuando se tienen esas ideas, no se casa uno. Un aventurero debe ser libre.

— ¡ Por eso me voy! exclamó Dartigues.

— ¡ Y nos abandonas!

— No os olvidaré. Tendréis una parte de mis primeras ganancias...

— No es tu dinero lo que yo deseo, desgraciado; ¿ no lo comprendes? ¿ Ó es que tu corazón está tan seco que ya no le conmueven mis ruegos? Llevo tu nombre, soy tu mujer, todo lo he dejado por ti, eres el padre de mi hijo y tengo derechos sobre ti que quiero hacer

valer. No puedes dejarnos sin cometer un crimen. Si te vas, no tenemos nada que esperar. Lo mejor que puede sucederte es encontrar la miseria donde crees lograr la abundancia. Y mientras, ¿ qué será de nosotros? Escúchame y reflexiona. Un poco de valor y de conducta durante algunas semanas y nos ponemos á flote. Mi ambición se reduce á vivir al día, pero tranquila, viendo trabajar á mi marido y crecer á mi hijo. Tendrás trabajo en seguida si quieres aceptar. Mientras, yo me encargo de todo... Pero, por todo lo más sagrado, no te vayas. Resígnate á ser un hombre honrado, que vale más que ser un hombre rico. No escuches los consejos peligrosos ni salgas del camino derecho, único que conduce á la salvación...

Dartigues, como si no hubiera escuchado más que las últimas palabras de Francine, respondió :

— La salvación está en marcharme. La dicha es la riqueza.

— Y la libertad de hacerlo todo sin presiones, sin molestias y sin fastidios. ¿ No es eso? ¿ Quieres cumplir con tu deber y quedarte con nosotros? Por última vez; ¿ quieres?

— ¡ No! Aquí me perdería.

— Pues bien; nunca te perdonaré tu abominable conducta. He sufrido sin quejarme todo lo que has hecho hasta aquí. Me has reducido á la miseria y he trabajado sin decir palabra. Me has engañado con inmundas mujerzuelas y he llorado en silencio. Has tolerado que un amigo tuyo intentase violarme á la fuerza, en tu casa y en tu propia cama, sin romperle la cabeza para vengar tal injuria. Ni siquiera te has enfadado con él y lo he sufrido. No vas á casa más que para dormir las borracheras, quejarte y robarme, y lo soporto porque eres el padre de mi hijo. Pero si nos

abandonas á la desesperación y á la desnudez, hagas lo que quieras, que vivas rico ó miserable, que vendas á mendigar á la puerta de nuestra casa ó á morir en el arroyo, no te reconoceré ya, porque habrás hecho lo más cobarde y más criminal... que se puede hacer.

Dartigues se levantó amenazador.

— ¡ Oh! ¡ Basta!

— Sí, pégame, miserable. No te falta más que eso. El hombre se reprimió y dijo temblando y lívido :

— Prefiero marcharme. Si no, haré alguna tontería.

Registró maquinalmente su bolsillo para pagar el ajeno, le encontró vacío y su cara se crispó dolorosamente. Entonces Francine, con sonrisa despreciativa, sacó el billete de cien francos y dijo arrojándole en la mesa :

— Que no se diga que hasta el último momento no he pagado por ti.

Y al ver que Dartigues hacía un ademán de sorpresa, añadió :

— Y guárdate la vuelta. Así no tendrás que robar á nadie para marcharte.

Le miró la última vez y vió en las líneas duras de su semblante la firme resolución de no ceder á sus consejos. Arrojó un profundo suspiro y murmuró estas palabras desgarradoras !

— ¡ Adiós para siempre!

Y salió con paso firme dejándose allí todas sus esperanzas, todas sus creencias, toda su vida.

Appel había puesto al niño á su lado en un taburete y le estaba explicando con infinita paciencia los paisajes y las figuras de un libro de estampas. Pedro le escuchaba gravemente y le hacía preguntas que demostraban una precoz inteligencia. Unos pasos rápidos en

el corredor le hicieron levantar la cabeza. Saltó del taburete y dijo :

— Ahí está mamá.

— Pues bien, abre.

El niño corrió á abrir la puerta y apareció Francine con la cara descompuesta por el dolor y por las palpitations de su corazón. Cogió á Pedro y le estrechó contra su pecho sin decir palabra y después se sentó y se quedó inmóvil y muda como una imagen de la desolación.

— ¡ Dios mío! ¿ Qué ocurre? preguntó el joven médico.

Francine le dirigió una mirada desesperada y dijo, sin dejar de estrechar á su hijo, como un supremo tesoro :

— Ocurre que ya no tengo marido ni este pobre hijo mío tiene padre.

— ¡ Cómo! Ese desgraciado Dartigues...

— ¡ Oh! Tranquílcese usted. No ha muerto. Pero se marcha y nos abandona para correr por el mundo. La pobreza le pesa y el trabajo le repugna. Quiere intentar las grandes aventuras que hacen de un hombre un millonario ó un bandido, y con frecuencia ambas cosas... No se cuida de nosotros y nos deja arreglarnos como podamos... Á esto ha venido á parar mi vida. Si yo no fuera una mujer valerosa y cristiana, no me quedaba más recurso que obstruir el tubo de la estufa y matarme con mi hijo, como hacen los desgraciados cansados de luchar...

Appel hizo un ademán de triste protesta.

— Olvida usted que no está sola y que le queda un padre... y un amigo...

— Mi padre y usted, sí, es verdad; soy injusta. ¿ Se tiene derecho á desesperarse cuando se cuenta con afectos sinceros?

— ¿Pero está usted segura, dijo Appel, de que la resolución de Dartigues es irrevocable? Ha podido decir eso en un momento de sobreexcitación transitoria...

— No, le conozco. Está decidido. Y además, acaso sea mejor así. He visto hasta el fondo del alma de ese desgraciado y no hay en ella más que ambición y vanidad. En la actualidad, sería capaz de un crimen por triunfar. Está en el momento en que un aventurero de su carácter tiene las mismas probabilidades de ir á presidio ó al cadalso como de lograr honores y fortuna. ¿Cuál será su destino? Lo único que le deseo es que no sufra mucho. Es todo lo que, en mi resignación, puedo hacer por él.

Francine rompió á llorar y sus lágrimas cayeron gota á gota sobre la rubia cabellera de Pedro, como un bautismo de desesperación y de dolor. Appel, silencioso, respetó el dolor de la joven, sin dirigirle ningún consuelo vulgar. Conocía la sinceridad de su pena y sabía que sólo la dulcificarían el tiempo y las necesidades de la vida. Después de unos instantes, dijo al verla más tranquila :

— ¿Qué proyectos tiene usted? Porque tiene usted bastante fuerza de voluntad para no quedarse aturdida ante una situación semejante.

— Pienso dirigirme á mi padre. Es mi primer deber. Si me llama á su lado, me iré. Le conozco. Me quiere mucho y no podrá soportar la idea de que estoy abandonada. El único obstáculo que había entre su indulgencia y mi desgracia era Dartigues. Volveré á ser su hija y mi vida material estará asegurada.

— ¿Se irá usted de París entonces, dijo Appel con tristeza, y no verá á usted más? Usted olvidará que tiene aquí un amigo y tendré que renunciar al placer

de verla de vez en cuando y de encontrar en mi pobre armario la huella preciosa de su previsión y de su simpatía. ¿Cuando usted se vaya, qué solo me voy á quedar!

— ¿Quién sabe? Acaso mi padre consienta en salir de Rouen. Puede que no quiera que me vean volver pobre y abandonada los que me conocieron amada y dichosa. Haré cuanto pueda porque venga á París y entonces conocerá usted á ese excelente hombre. También él le querrá á usted y se alegrará con el alma de sus triunfos.

Appel sonrió y dijo moviendo la cabeza :

— Henos aquí haciendo proyectos. En medio de las lágrimas, en los tormentos, cerca de la muerte, el hombre necesita de tal modo esperar, que se deja llevar todavía por las ilusiones y los sueños. Esta debe ser una suprema excusa para ese desgraciado que se va persiguiendo su quimera.

Francine no respondió á aquella generosa explicación y dijo cogiendo al pequeño de la mano :

— Vámonos á casa, hijo mío.

El niño frunció el entrecejo y contestó en tono de enfado :

— ¿Por qué no nos quedamos siempre en casa de mi amigo Appel? Di, mamá.

— Porque el señor Appel necesita trabajar y estar solo y tranquilo. Dale las gracias por sus bondades y dale un beso muy apretado diciéndole : Hasta muy pronto.

Appel cogió á Pedro en brazos y cuando los delicados labios del niño rozaron su cara, vió á la madre ruborizarse como si hubiera sido ella la que le había besado.